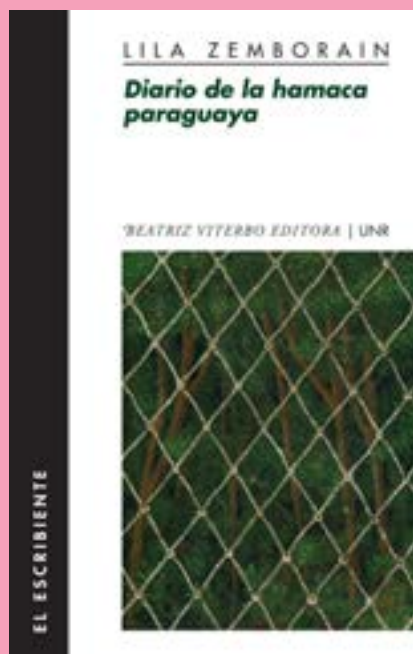


## Dieciocho narraciones breves en *Diario de la hamaca paraguaya* de Lila Zemborain

### Poética de la intimidad

POR MARÍA ZORRAQUÍN



¿Hay metafísica en la naturaleza? ¿No es la metafísica, justamente, lo que está más allá de la materia, del cuerpo, del tiempo y del espacio, como definió y fijó Aristóteles, el gran filósofo de las categorías? Es una pregunta que sugiere el *Diario de la hamaca paraguaya* de la poeta argentina Lila Zemborain. Sólo que aquí no se trata de una idea que concluye sino “de la no linealidad de un pensamiento que se va por las ramas todo el tiempo, de allí para acá sin quedar el tronco a plena luz”. El tronco son a su vez las ramas, dice, no se puede hablar del tronco sino es por sus ramas, ellas son el árbol, al fin y al cabo, son el bosque.

Con ese ímpetu de bifurcación se suceden las dieciocho narraciones breves de este diario o crónica poética de la intimidad que van desde las impresiones de un viaje a los Valles Calchaquíes y la visita a una salina toda blanca y poderosa, hasta los preparativos de un asado en una zona de playa cercana a Nueva York y un verano que declina en un jardín despedazado por ciervos. Se entremezclan, también, rastros del linaje de las hermanas Ocampo, ciertas lecturas en referencia a algún personaje masculino de una novela de Saer o una sutil observación sobre Derrida y la motilidad de las neuronas, una pregunta por el lenguaje en la sonoridad de las vocales, e, incluso, la falta de compasión en la escritura de Clarice Lispector, a quien habría que leer, según la narradora, recostado en una hamaca paraguaya.

#### Dafne

El primer relato, “Dafne”, alude al célebre episodio de las *Metamorfosis* de Ovidio, aquél en el que la ninfa virginal,

perseguida por su enamorado, el dios Apolo, logra liberarse de él gracias a su transformación en la planta de laurel.

“Ser árbol, ser Dafne en la hamaca paraguaya, ser enredadera venenosa”, escribe la narradora invocando el mundo vegetal, inmediato, elemental e incierto. El saber que necesita no es enciclopédico sino “una suerte de contacto metabólico con los genes vegetales que nos unen”. De ahí esa pulsión que la narradora intenta resolver, esa “pulsión que se llama Dafne”, como un proceso de transformación, un pasaje del estado humano al vegetal, un devenir mujer-árbol. Llevar la conciencia (propia del ser humano) hacia otra parte.

Afuera del saber de las categorías con las que aprendimos que el miedo se controla dominando plantas y animales en la ecuación de un cálculo: pensar para conocer, conocer para dominar. En el límite de esa lógica espera la poesía, como pulso de transformación y elemento indomable. El momento del cambio de formas que tan bien describe Ovidio en Dafne: “sus cabellos crecen como hojas, sus brazos como ramas” es más bien un pasaje: de mujer a laurel, donde las jerarquías del ser (ser humano o ser planta) se disuelven en los bordes de la conversión y van perdiendo sus límites. Como en la famosa escultura de Gian Lorenzo Bernini que capta el movimiento exacto en el que comienza la mutación del cuerpo blando de la ninfa. La joven lleva hojarasca en el pelo, de sus pies nacen raíces y la corteza del tronco empieza a cubrirla. Y también, valga la comparación si nos dejamos llevar por el imaginario de una palabra contenida en el título –“paraguaya”– hacia Anahí, una ninfa del bosque menos agraciada en belleza que la europea (la

leyenda cuenta que era muy fea pero su voz era la más dulce), doncella de las selvas guaraníes, perseguida, raptada, y sentenciada a muerte en hoguera por sus conquistadores españoles. Parece que cuando las llamas la iban cubriendo, su cuerpo fundido en fuego se transformó en árbol. Desde entonces la flor del ceibo recuerda la transfiguración de la princesa indígena en planta, indómita flor roja, pulsión de escape, resistencia silenciosa de lo más débil. La misma pulsión Dafne aparece en el relato sobre el jardín botánico en el Pucará de Tilcara. En la "oquedad tornasolada", en su "resplandor iluso de lo verde" es desde donde surge el llamado irrecusable de un pequeño cactus. De nuevo, aquí, un instante fugaz del ser, una emanación vegetal, atestiguando una concepción de la naturaleza "desde una percepción fluida y no aterrorizada".

#### **Aracne**

En "Lana colorada" hay una madre que teje mantas blancas para todas sus hijas, sus nietos y sobrinas. Es una madre sofisticada. Sabe preparar mejor que nadie un trago de vodka con limón, usa anteojos negros, tiene sentido del humor y, aunque odia que la describan como tejedora, el hilo de esa lana es el que de algún modo la une a su hija: "tenemos un sentido de nosotras que se entrelaza en cada pasada de la lana, en cada pasada de la aguja del crochet". Afinidades y competencias femeninas se libran y definen en términos mínimos y en detalles casi imperceptibles. Parecen inexistentes, de hecho, apenas existen, son pavadas, nimiedades, y sin embargo... La madre es coqueta, la hija es descuidada. "¡Píntate los ojos! Mamá yo no me pinto los ojos". ¿Ese universo

femenino de bordados, de hilos y ovillos y lanas, no está ligado acaso –ya que Dafne nos transportó a sus historias– con las tejedoras de Ovidio? ¿Cómo no pensar en el episodio de la pobre Aracne, la joven que se jactaba de ser mejor bordadora que la diosa Minerva! Después de una competencia tejiendo tapices (Minerva borda una escena solemne de tintes políticos que representa a los doce dioses reunidos en el panteón, mientras que Aracne diseña una escena de erotismo divino) la diosa, incapaz de tolerar la belleza insolente del bordado de su rival, lo destruye de inmediato y Aracne se termina ahorcando. Para bien o para mal de la joven tejedora, la diosa le destina un último gesto de compasión (o castigo final) y gracias a la ayuda de unos jugos mágicos, la transforma en una especie de araña con una cabeza mínima, endebles dedos, y un vientre por donde sale el hilo para que continúe trabajando las antiguas telas. La simbología de la mujer-araña-madre-tejedora es vastísima. Sólo por tomar un ejemplo más contemporáneo, aparece plasmada con total ambivalencia en la inmensa escultura de Louise Bourgeois cuyo sugestivo título es *Mamá (Maman)*. Concebida como un homenaje a su propia madre que era tejedora, representa a una araña de bronce que tiene casi diez metros de altura y su visión resulta, por lo menos, perturbadora. ¿Quién querría caer en la urdimbre de ese monstruo arácnido? ¿Quién no querría sucumbir ante esa red de mega-protección materna? ¿Habría que entregarse o resistir a la pulsión Aracne? Tramas, tejidos, hilos enredados, árboles, y caminos que no llevan a ninguna parte, se pierden en el bosque... Este

breve y delicioso libro produce algo así como un estar al resguardo del rayo de una conciencia siempre alerta. Y, si se permite la recomendación, así habría que leerlo. Con cierto espíritu de abandono. Bajo la sombra de un gran árbol, dejando que la placidez narcótica de la siesta suspenda el cansancio de lo real por un estado de feliz ensoñación.

**DIARIO DE LA HAMACA PARAGUAYA DE LILA ZEMBORAIN  
BEATRIZ VITERBO EDITORA, 2014**

Lila Zemborain (Buenos Aires, 1955) reside en Nueva York desde 1985. Fue editora de la serie de poesía Rebel Road (2000-2006) y, a partir de 2004, organiza la serie de poesía KJCC en el King Juan Carlos I Center, de New York University, donde dirige la Maestría de Escritura Creativa en Español. Ha publicado los libros de poesía: *Ábrete sésamo debajo del agua* (1993), *Usted* (1998), *Guardianes del secreto* (2002), *Malvas orquídeas del mar* (2004), *Rasgado* (2006) y, en colaboración con el artista Martín Reyna, *La couleur de l'eau / El color del agua* (2008). En 2002 publicó el ensayo *Gabriela Mistral. Una mujer sin rostro*. Recibió las becas John Simon Guggenheim (2007) y de residencia en Millay Colony (2010).